PRINCIPIO DE IDENTIDAD

Javier Núñez



Para Jor

Ahora estaba más que nunca escindido en dos,
yo que siempre he sido yo y otro.

John Banville

Apuesto a que podríamos hacerlo, dice el tipo con mi nombre. Y cuando lo miro, todavía sin entender, dice algo que pone en marcha una maquinaria invisible que ninguno de los dos es capaz de presentir. Ser quien sos, dice. Que seas quien soy. Así es como empieza todo, en la barra de una taberna de un barrio de Boston que parece de otra época. O acaso unas horas antes, apenas pongo un pie en este país que no es el mío, con un error y una casualidad disparatada que nos precipita a los dos al abismo de esa conjetura. Porque a veces alcanza con eso. Con un acto mínimo, casual, que ponga las cosas a rodar. Y luego algo inesperado ocurre y ya no hay forma humana de que las cosas se detengan.

Así es como empieza todo, entonces, o como empezó, o empezará. Un error y una suma de sucesos que se fueron encadenando para llevarme al otro Núñez, a Pinerock, a Jennifer, a los Delaney y a todo cuanto vino después. Porque todo esto ya sucedió. Esta historia que ahora tengo que contar. No porque tenga algún sentido, sino porque es algo que me ocurrió y alguien murió y algo cambió definitivamente. Y cuando algo cambia para siempre, no se puede hacer otra cosa que contarlo así, como si todavía estuviera por suceder.

1

El avión aterriza en el aeropuerto Internacional Logan media hora después de lo previsto, en medio de una llovizna tenue que borronea las luces y les otorga una forma difusa, como vistas a través de un vidrio. Soy de los últimos en bajar. Busco los carteles que llevan a migraciones y me incorporo a la marcha lenta de la fila entre dos chicas rubias que todavía tienen sus almohadas de viaje en el cuello y un tipo de aspecto indio. Cuando me llega el turno saco el pasaporte con cierta ansiedad o inquietud inevitable, incluso sabiendo lo que está por pasar.

La voz de la mujer de migraciones es fría, impersonal: mecánica. Acaso con fingida indiferencia. Es una mujer bajita y caderona, según puedo ver en cuanto sale del cubículo para pedirme que la acompañe. El cabello largo y de rulos rebeldes recogido sobre la cabeza se sacude con el vaivén de sus caderas a medida que avanzamos por un pasillo. Atravesamos una puerta automática detrás de la cual toman café una docena de policías y me conduce a una sala exigua con dos escritorios vacíos y algunos carteles informativos pegados en las paredes. Uno de los policías está contando una anécdota que involucra a otro compañero que estuvo de viaje

por Europa y que no paró de contarle a todo el mundo lo maravillosa que le había parecido la «*Sixteenth*» *Chapel* sin que nadie lo corrigiera. Espere aquí, dice, y me deja solo. La única lámpara me alumbra con una luz mortecina. Me entretengo leyendo los carteles y curioseando la superficie de los escritorios. Ni siquiera me preocupa que se haya llevado mi pasaporte. Siempre lo hacen.

Hay un homónimo con pedido de captura en Interpol, me explicó la primera vez un muchacho de Aerolíneas Argentinas, aunque no quiso o no supo decirme más sobre el tema. Lo único que sé es que se levanta una banderita roja en las pantallas al momento del *check in* o al pasar por migraciones. A veces me escoltan hasta una sala fría y sin ventanas donde tiene lugar la verificación y, recién cuando se comprueba que no soy el Javier Núñez que busca la Interpol, me dejan seguir hacia la sala de embarque o a recoger mi equipaje. Es algo a lo que estoy más o menos acostumbrado: tengo uno de esos nombres que se repiten con frecuencia y suelen provocar confusiones de todo tipo. Una vez me llamaron por error para salir al aire en una radio porque querían hablar con un delegado sindical. Una psicóloga quiso derivarme un paciente que necesitaba medicación. Una mujer que me escribió por Facebook decía haberme conocido en un hospital en el que nunca estuve y que solíamos tomar café en un bar al que nunca fui en una ciudad que no es la mía. Incluso se había comprado uno de mis libros, creyendo que yo era el otro: quería que se lo firmara. Hasta donde sé, también hay un actor, un jugador de fútbol peruano, un femicida, dos o tres escritores. Y eso sin contar a los cientos o miles de personas con el mismo nombre que no aparecen de inmediato en las búsquedas de internet.

La mujer bajita vuelve acompañada por un hombre uniformado que me saluda con un gesto ambiguo. No sé si ya saben que no soy otro y esta especie de distancia es producto de la rutina o si, por el contrario, todavía puedo ser cualquiera, incluido el hombre con mi nombre al que buscan vaya a saberse por qué, y entonces este trato circunspecto es consecuencia de la duda que represento ante sus ojos. Un delincuente o un tipo común envuelto en una confusión.

¿Qué lo trae a Boston?, me pregunta el oficial.

Vengo a un festival de literatura, digo. Soy escritor.

Nunca sé, cuando digo eso, si es algo que contribuye a causar una buena impresión o lo contrario. La primera vez que viajé a otro país por algo que tuviera que ver con mis libros fue a México. También era la primera vez que me subía a un avión. Había escrito una novela, la mandé a un concurso que organizaba una editorial universitaria de México y tuve suerte. «Empleado», escribí en el casillero del formulario de migraciones donde tenía que indicar mi ocupación. No faltaba a la verdad: trabajaba de 9 a 18 como administrativo en una empresa de servicios orientada al sistema bancario y eso era lo que me daba de comer. Por un momento pensé en poner «escritor», pero no me atreví. Tiempo después se lo conté a un amigo y se rio. Yo pongo siempre esas cosas, dijo. Mi amigo trabajaba en hotelería, siempre en el área de Recursos Humanos, a veces en un hotel y luego en otro. Vivía en España y viajaba mucho por Europa. A veces pongo que soy escritor, dijo, a veces que soy artista, director de cine, cosas así. Qué saben qué hacés de verdad. Cuando entrás a un país nuevo podés ser lo que quieras.

El oficial de la policía aeroportuaria garabatea algo más en el formulario y firma dos veces. Después pone un sello grande

que no sé qué dice. El papel no me lo da a mí. Lo mete dentro de mi pasaporte y me dice que aguarde un minuto más, que ya está todo listo. Después me deja solo una vez más. La mujer de rulos vuelve y me entrega el pasaporte. Listo, dice, *welcome to the United States*.

Salgo del aeropuerto y busco en el montón de gente que ofrece taxis y servicios de traslados. Entre la demora del vuelo y la demora en migraciones se hizo bastante más tarde de la hora en que me esperaban, y por un momento temo que no haya nadie. Entonces veo un cartel que dice mi nombre y voy hacia el hombre que lo sostiene. Dejo que tome mi valija y la ponga en el baúl de un Nissan Rogue.

Póngase cómodo, dice, abriendo la puerta de atrás. No tardamos en llegar.

***

La sensación que me persigue desde hace días y que acabó de tomar forma durante el vuelo se hace cada vez más nítida a medida que cruzamos el túnel Sumner y todo se estrecha a mi alrededor. No tendría que estar acá. Vine para participar de *Casa Eñe*, un encuentro de nuevas voces de la narrativa latinoamericana que funciona en el marco del Boston Book Festival. La invitación la recibí varios meses atrás debido a las gestiones de Lucía, mi agente, que siempre está tratando de organizarme participaciones en eventos o actividades que me «pongan en circulación», aunque sabe que no es un terreno en el que me mueva particularmente bien. Ella insiste en conseguirme cosas de ese estilo y yo, en buscar excusas. Me volví bastante hábil para eso. Sin embargo, en un arrebato furioso

de confianza que ahora me parece una vida de alguien más, escribí una suerte de ponencia que justificara mi presencia en la mesa y se la mandé a los organizadores. Se trata de una mirada complementaria a una lectura crítica que una investigadora del Conicet realizó sobre tres novelas argentinas contemporáneas –una de las cuales era mía– para trazar una serie temática y genérica, y que yo desvié un poco para poner mi novela en diálogo con obras que reescriben el género western con anclajes latinoamericanos. También me incluyeron en una mesa de diálogo en torno a identidad y literatura, ya que los organizadores consideran que es un tema frecuente en mi obra –algo con lo que coincido– y que por eso mismo puedo tener algo interesante que decir –algo con lo que estoy en completo desacuerdo–. De modo que a medida que nos acercamos a destino, miro por la ventana y cuento las esquinas que cruzamos como una forma de medir el tiempo que me separa de algo que no estoy seguro de querer. No sé qué me produce más desasosiego: si los temas que vamos a abordar en los paneles –sobre los cuales no me considero capaz de aportar más que dos o tres clichés superficiales– o la idea de sentarme en una mesa con otros escritores y que esta vez, por fin, se haga realidad la pesadilla persistente de encontrarme sin nada para decir.

⁂

El chofer tenía razón y no tardamos demasiado en llegar al hotel, un *brownstone* de seis pisos del siglo XIX ubicado en el South End. El muchacho de recepción –un joven negro de barba cuidada y cabello hirsuto cortado casi al ras– me pide los documentos y me invita a tomar asiento mientras prepara el

ingreso. Dice que en breve me acompañarán a mi habitación, aunque algo parece no estar del todo bien porque tiene que llamar a un compañero para revisar el sistema y mis documentos mientras murmuran. Hay un pequeño problema en el registro, dice al fin el que llegó en auxilio del muchacho; no se preocupe que pronto estará solucionado. Suspiro con cierto fastidio y me siento. Recién cuando me dejo caer en uno de los sillones del *lobby* tomo consciencia de lo agotado que estoy. Tengo ganas de bañarme y de dormir un poco. Para matar la espera abro un libro de Leonardo Sciascia que vine leyendo en el avión y trato de retomar la lectura cuando una voz me interrumpe.

¿Núñez?

Es una mujer de mediana edad, enfundada en un traje gris y con un peinado y un aspecto igual de inexpresivo. Asiento, algo extrañado. Ella sonríe y dice su nombre –Sarah Figgs– de una forma que parece más una confirmación que una presentación. Pero ni su nombre ni su voz me dicen nada en absoluto. Supongo que eso se hace notorio porque la mujer se contagia de mis vacilaciones. Me habla del clima y del tránsito. Tiene un marcado acento de Boston que me recuerda la frase con la que practicábamos en el instituto de inglés: «*pahk the cah on Hahvahd Yahd*». Qué bueno que haya podido venir, dice al fin. Espero que haya tenido un buen viaje. Le doy las gracias distraídamente, y agrego alguna vaguedad sobre lo bueno que es estar aquí o algo por el estilo; eso parece confundirla todavía más. ¿Qué quiere decir?, dice. El confundido entonces soy yo. Qué quiero decir con qué. No hace falta que hablemos demasiado para que el enredo se haga evidente. Aunque trata de seguir adelante, en cuanto menciona implícitamente a una

persona a quien yo debería reconocer y nota mis gestos de extrañeza, se detiene de golpe. Deja una frase en el aire y suspira. Algo acá no está bien, dice o decimos quizás los dos a un tiempo. Creo que no soy el hombre que esperan, digo yo. ¿Pero usted es Javier Núñez sí o no?, pregunta ella, entre molesta y desconcertada. Asiento y después digo que sí, que ese es mi nombre, que soy escritor, que vine a un festival de literatura. Ella abre los ojos en señal de sorpresa. Dice que es abogada, que tiene que entregarle unas llaves a otro Javier Núñez y hacerle firmar unos documentos. Que no entiende *what the hell* está pasando. De modo que saca su teléfono y, sin dejar de dar vueltas por el *lobby*, se pone a hacer una llamada tras otra. La veo sacudir la cabeza quizás con hartazgo y al final guardar el teléfono y volver hasta donde estoy con algo así como vergüenza o contrariedad.

Hubo una confusión, dice. Al parecer se cruzaron en el aeropuerto. El otro caballero tomó el coche que lo esperaba a usted, está alojado en el Marriott de Back Bay; usted tomó el coche que lo esperaba a él y vino a parar a este hotel donde yo esperaba encontrarme con él. No se preocupe: pronto vendrá un coche a recogerlo. Le pido mil disculpas. No entiendo cómo pudo pasar algo así.

Me siento confundido y avergonzado. En lugar de enojarme porque me trajeron a un hotel equivocado, en lugar de indignarme con quien tenga más a mano –Sarah Figgs, por caso–, me siento culpable. Como si mi nombre hubiera jugado otra de sus malas pasadas, pero esta vez las esquirlas alcanzaran también a los demás. Opto por no decir nada. Por suerte el cambio se hace en forma rápida y organizada. Un coche trae al otro Núñez hasta el hotel y se encarga de llevarme a mí al

lugar que me corresponde. Nos vemos al pasar. Los dos somos pelados, de barbas más bien claras, edades y contexturas parecidas. Pienso que no nos parecemos tanto, pero que nuestras diferencias son menores que nuestras semejanzas. Pienso, también, que es la última vez que nuestras vidas se cruzan de cualquier forma que sea.

No tengo forma de saber, todavía, lo equivocado que estoy.

2

Despierto al cabo de dos horas, entumecido y con hambre. La corriente fría que todavía entra por la ventana entreabierta me destempló un poco. Sobre el escritorio quedaron mis cuadernos y las hojas impresas que necesito revisar antes de la conferencia; sin embargo, no tengo más que pensar en releer y corregir ese texto para que me asalte un vértigo tan grande que me veo obligado a sentarme otra vez en la cama. No tengo fuerza ni siquiera para intentarlo. En lugar de eso me visto sin demora y salgo a la calle.

La lluvia de la mañana ha desaparecido por completo para darle paso a un sol de abril que, si bien no calienta demasiado, logró templar la tarde. Camino sin rumbo. Los árboles a lo largo de calle Newbury empiezan a adquirir los tonos verdes y rojizos propios de la vegetación de Nueva Inglaterra, y se recortan contra la larga hilera de antiguas casas de piedra rojiza, con sus fachadas de grandes ventanales y las infaltables escalinatas con balaustrada. Subo por la Commonwealth Avenue hacia el Boston Common, y luego camino sin apuro por las calles estrechas y empinadas de Beacon Hill. Me lleva un tiempo desembarazarme de la niebla de preocupaciones que me envolvía al salir del hotel.

Durante un buen rato todo se trata nada más que de ir poniendo un pie detrás del otro, sin ningún rumbo determinado más que la calle que se abre allá adelante. Creo que no hago más que tomar distancia, alejarme de mis cosas, poner distancia de mí y de lo que tengo que hacer. Pero al cabo de un rato me siento liberado de un peso y mi paso se vuelve más liviano y despreocupado. Camino como si no hubiera otra cosa en el mundo más que eso. Atravieso el corazón de la ciudad; subo hacia el barrio italiano y cruzo el río con rumbo a Charlestown para andar sin apuro por sus callecitas de casas coloridas que parecen de otra era. A veces me detengo a tomar aire o a contemplar alguno de los antiguos faroles del barrio, y no hago otra cosa que mirar alrededor y ver la gente pasar. Algunos me miran con desconfianza o con curiosidad. Supongo que parezco perdido.

Quizás lo estoy, aunque aún no lo sepa.

***

Un día escuché a una escritora conocida, que tiene una gemela idéntica, decir que había crecido siendo plural. Gran parte de su infancia ya había transcurrido y nunca había dejado de ser parte de algo que la contenía en conjunto con su hermana. No era una: era siempre dos. Cada vez que la madre hablaba de sus hijas lo hacía sobre las dos al mismo tiempo. Las nenas hacen esto, las nenas hacen lo otro. Hasta que un día escribió algo –una redacción para la escuela, un poema, o quién sabe qué– y un par de días después oyó a su madre decir su nombre casi por primera vez cuando se dirigía a alguien más: «A Silvina le gusta escribir». Había encontrado en la escritura, dijo, su singularidad. Yo no la encontré ni siquiera ahí.

Una vez descubrí que todos los libros que escribí le habían sido adjudicados a otro Javier Núñez en la plataforma Goodreads. Es una comunidad virtual que sirve para compartir, comentar y catalogar lecturas: una especie de red social de libros que permite a los lectores crear redes de intereses, escribir comentarios o pequeñas críticas y calificar los libros con el clásico sistema de estrellitas. Me había hecho una cuenta hacía años y después la olvidé por completo. Un día, no sé cómo, llegué a una publicación en la plataforma: alguien que conocía había escrito una breve reseña de uno de mis libros y la leí con cierta curiosidad. Cuando hice clic en el nombre del autor me encontré con que todos mis libros habían sido asociados al perfil de autor de un Javier Núñez nacido en Zaragoza, España, que escribe novelas fantásticas y de terror. Es un par de años más joven, con una calvicie algo menos pronunciada y tiene una intensa actividad social en redes y plataformas: en Facebook, X, TikTok, Amazon y, por supuesto, Goodreads. Donde quiera que me busque lo encuentro a él. No tengo idea de cómo escribe, pero sé que es odiosamente prolífico. Muchos de sus libros tienen títulos apuntalados en el género, que transmiten una idea aproximada de la historia –*El sendero del horror*, *Círculo diabólico*, *La ciudad tras la penumbra* y cosas así– y al parecer mantiene un intercambio frecuente con sus lectores, algunos de los cuales también son muy participativos en esta red y califican sus libros con asiduidad.

Ahí, en medio de su bibliografía, aparece intercalada la mía. Todos mis libros son suyos. Quizás, incluso, los de algún Núñez más. Puede que ni siquiera lo sepa, o no sepa cómo arreglarlo; quizá lo sepa y no le guste lo que escribo y hasta le provoque rabia o vergüenza y sin embargo no haya nada que

pueda hacer contra eso. Una vez escribí a la plataforma para tratar de solucionar el desacierto. Logré que me habilitaran un perfil propio como autor, y asociar varios de mis libros en forma correcta. Pero cada tanto aparece alguno más que va a parar al Núñez equivocado, y al final me resigné.

***

Con las últimas luces del día entro en una taberna con un cartel colgante que, debajo del nombre, anuncia que lleva abierta desde 1780. Ocupo un lugar en uno de los taburetes de la barra y me pido una cerveza. Me decido a encender el teléfono y ver cómo están las cosas. Imagino que voy a tener decenas de llamadas perdidas, correos, mensajes de WhatsApp. Extrañamente no hay mucho. Un mensaje de Lucía: «Ya en Madrid, ¿qué tal tu viaje?»; uno de mi sobrina: «hola, tío, acordate del perfume que te pedí del freeshop. Mandame fotos del lugar»; uno de mi madre: «¿llegaste bien? Sigo siendo tu madre». Apenas un par de llamadas perdidas de los organizadores del festival y un mensaje para hacerme saber que lamentaban el inconveniente en la llegada. Y nada, por supuesto, de Sabrina.

Este quizás sea un buen momento para señalar que otro de los motivos que me empujaron a aceptar la invitación tuvo que ver con Sabrina. Tras casi cinco años de andar a los tumbos, hace seis meses decidimos separarnos en forma definitiva y yo agarré mis cosas y alquilé un departamento minúsculo en un tercer piso de escalera. Es un edificio viejo, con paredes de pintura desconchada, donde todo el tiempo se oyen los ruidos de los televisores, la cisterna de los inodoros y los gritos que llegan de los departamentos vecinos. Sabrina fue mi segun-

da mujer. Ahora es mi segunda ex. Mi primer matrimonio fue un pecado de juventud que, sin embargo, duró unos cuantos años. Con Sabrina, en cambio, las cosas parecían llamadas a perdurar. Nos complementábamos. Los dos teníamos pasiones parecidas, similares sensibilidades y proyectos que se encontraban. Creímos que iba a durar. Queríamos que durase. Pero fue como un fósforo: un ardor inicial que fascina y, después, el inevitable y paulatino avance de algo que se extingue y no deja más que cenizas. Nada cambió tampoco cuando me fui y, cuando volvemos a vernos, nos lleva muy poco tiempo darnos cuenta de que las cosas siguen ahí, igual que antes, sin que encontremos la forma de no hacernos mierda el uno al otro.

De modo que también acepté venir porque un viaje –cualquier tipo de viaje– me parecía una buena idea.

Sigo pensando en eso –en el viaje, en Sabrina, en todo lo que hicimos mal– cuando lo veo. Está sentado a escasos metros, en la misma barra, tomando una cerveza negra y con la vista fija en un televisor que transmite un partido de la NFL.

⁂

Alguien me contó alguna vez otro caso de escritores homónimos que había traído conflicto: el de los Juan Carlos Martini. Al principio los dos firmaban igual: uno, nacido en Buenos Aires en 1940, novelista, crítico y ensayista, tenía un par de libros publicados –*El festín y otros cuentos* (1964), *Bichología* (1966) y *La rutina y los días* (1967)– cuando el otro, nacido en Rosario en 1944, quien fuera uno de los fundadores de la recordada revista de literatura *Setecientosmonos*, publicó en 1969 su libro de relatos *El último de los Onas*. Parece que esto, al Martini que